

bería repetir lo que había hecho en Zempoala destruyendo los ídolos.

Pero el padre Bartolomé Olmedo le suplicó que no llevase á cabo aquella medida.

Trascurridos algunos días despues de los festejos, fué necesario dar una respuesta á los embajadores de Moctezuma.

CAPITULO VI.

De necesidad virtud.



los dos ó tres días de su estancia en Tlaxcala mandó llamar Hernan Cortés á los embajadores de Moctezuma, y les habló de esta manera:

—Tiempo es ya de que partais á manifestar á vuestro soberano todo cuanto habeis visto.

Decidle las instancias con que los tlaxcaltecas, despues de ser vencidos en reñidos combates, han querido el perdon y la paz.

Decidle la alegría que ha manifestado este pueblo al vernos llegar á sus muros.

Decidle, en fin, que si persisto en proseguir mi marcha para ir hasta su encuentro es más que por otra cosa para aprovechar la influencia que he logrado ejercer entre los tlaxcaltecas en beneficio suyo, consiguiendo que estos indómitos enemigos de su imperio le reconozcan y le acaten.

Los embajadores habian presenciado con profundo dolor las entusiastas escenas con que los tlaxcaltecas habian festejado á sus dominadores.

No podian dudar un solo instante de su poder.

Tristes nuevas eran las que iban á llevar á Moctezuma.

Pero en medio del pesar que experimentaban en vista de los hechos que habian presenciado, la promesa de Hernan Cortés, su propósito de aprovechar el triunfo que habia obtenido en be-

neficio del emperador de México, eran un motivo de consuelo para el que al saber lo que ocurría había de entregarse á la más horrible desesperación.

Desde su salida del cuartel general en compañía de Hernan Cortés, hasta el momento en que el caudillo de los españoles les llevaba de nuevo á la presencia de su soberano, habían enviado muchos correos al emperador, participándole día por día todos los sucesos de que habían sido testigos.

Partieron, pues, á comunicar por sí mismos á Moctezuma las palabras de Hernan Cortés, y aunque despues de su marcha acaecieron sucesos importantes, preferimos referirlos despues á nuestros lectores, que desearán saber el efecto que produjeron en Moctezuma todos los que hemos narrado.

Aguardaba el emperador con ansia noticias del movimiento de los españoles.

Las derrotas sufridas por los tlaxcaltecas le habían aterrorizado.

No podía ménos de creer que los españoles eran superiores á los indios, y casi semejantes á los dioses, toda vez que siendo tan escaso el número, peleaban con tanto vigor contra ejércitos formidables; y no solo peleaban, sino que vencían.

La derrota de los tlaxcaltecas, transmitida, no solamente á México, sino á todas las provincias más ó ménos apartadas del teatro de la guerra, había aumentado de una manera considerable el prestigio de los extranjeros.

No era posible destruirlos.

Moctezuma oyó poseído de la más viva desesperación, cuando le refirieron acerca de las demostraciones de adhesión y obediencia que los tlaxcaltecas habían hecho á los extranjeros.

Casi al mismo tiempo, supo que tribus numerosas, que provincias enteras, no solo de las que siempre estaban en guerra con él, sino de las que le eran adictas y estaban sometidas á su yugo, acudían representadas por sus caciques y personas más

principales á Tlaxcala, para rendir homenaje á los vencedores, y hacerse tributarios en cambio de la paz.

No era posible emplear la fuerza contra los españoles.

No siendo posible, tampoco convenía despreciar los ofrecimientos que en favor del imperio hacía Hernan Cortés á Moctezuma; era verdad que hasta entónces todos habían acatado la voluntad del emperador.

Era verdad que hasta entónces nadie había podido penetrar en su ciudad.

Pero también lo era, que si arrojándose en brazos de la desesperación presentaba la guerra á los extranjeros, podía quedar aniquilado.

—Es imposible resistir su voluntad, pensó Moctezuma.

Y reuniendo á su consejo, le habló de esta manera:

—Los extranjeros han triunfado de los tlaxcaltecas.

Todo me hace creer que son seres superiores á nosotros, y han excitado mi curiosidad y mi admiración de tal modo, que estoy dispuesto á recibirlos y á aceptar la amistad que me ofrecen, si como espero, no intentan menoscabar en nada mi independencia.

Dignos son los que vencen con tantos bríos del aprecio de los mexicanos.

Voy á enviar una embajada para que les manifieste en mi nombre que accedo á sus deseos, y les franqueo el camino hasta mi morada; y al mismo tiempo daré las órdenes oportunas para que en todas las ciudades que atraviesen les dispensen afectuosa acogida.

Ante las eventualidades de la guerra, la determinación de Moctezuma fué aceptada con júbilo por los consejeros.

La nueva de su resolución no tardó en divulgarse.

Una viva curiosidad se despertó en todos los habitantes de México.

No hablaban nada más que de los extranjeros, y al ponderar

su grandeza, al exagerar su poderío, lo que ganaban en prestigio los extranjeros lo perdía à los ojos de sus habitantes aquel monarca, que hasta entónces habia sido, por decirlo así, la suprema voluntad de la nacion.

Despachó Moctezuma inmediatamente nuevos embajadores.

Les dió órdenes secretas, porque al tomar aquella determinacion, no obraba con lealtad.

Quería pedir á la astucia lo que la fuerza no podia otorgarle.

Partieron los emisarics, se detuvieron en Cholula, ciudad sagrada, de la que á su tiempo hablaremos.

Allí comunicaron las instrucciones que habian recibido del emperador, y se encaminaron en seguida á Tlaxcala, en donde ofreciendo á Hernan Cortés un nuevo y rico presente de Moctezuma le anunciaron que el emperador accedia á sus deseos y los esperaba con ánsia, manifestándoles de paso que por órden suya les habian preparado alojamiento y toda clase de regalos en Cholula.

Los tlaxcaltecas se alarmaron al saber el objeto de aquella embajada, y las proposiciones de los enviados de Moctezuma.

Para entónces los españoles habian ganado á sus ojos mucho más que al llegar triunfantes á su ciudad.

Un suceso sencillo, pero extraordinario á sus ojos, habia multiplicado para ellos la grandeza de sus huéspedes.

Veamos lo que pasó.

CAPITULO VII.

Un volcan.



AGISCATZIN visitaba á menudo á Hernan Cortés, y le acompañaban muchos de los personajes de la república, que se deleitaban en sus pláticas con el caudillo de los españoles y con sus capitanes.

Una tarde, hallábanse reunidos en sabrosa conversacion, cuando turbó su alegría la llegada de un butio, que dirigiéndose á Magiscatzin:

—El mónstruo, dijo, ha empezado á arrojar llamas y truenos sobre la tierra.

Casi al mismo tiempo se presentaron algunos soldados españoles, y anunciaron á Hernan Cortés y á los capitanes que á lo léjos se devisaba una gran humareda, como producida por una hoguera inmensa.

Salieron todos para ver aquel espectáculo.

En la cumbre de una montaña, á unas ocho ó diez leguas de distancia, habia un pico más elevado que los otros.

De él salia una densa nube de humo, que subia en línea recta hasta una gran altura.

De vez en cuando se divisaban, á través del humo, algunas llamaradas.

Era un volcan.

El famoso volcan de Popocatepetl.

Los tlaxcaltecas miraban aterrizados aquel prodigio.

Hernan Cortés miró en torno suyo, y vió á los indios que le rodeaban profundamente entristecidos.

—¿Qué os pasa, qué teneis?

—¡Ay! exclamó Magiscatzin. Eso que veis es uno de los castigos que de vez en cuando nos imponen los dioses.

—¿Es posible que un incendio os alarme de esa manera?

—No es un incendio. Esa montaña, que ahora aparece á nuestros ojos coronada de fuego y de humo, es el centro en donde yacen los espíritus de todos los tiranos de la tierra.

Las llamaradas que iluminan la densa nube, son las almas de los tiranos que salen á castigar á los culpables; y eso prueba además que nuestros dioses están indignados con nosotros y quieren castigarnos.

Hernan Cortés dirigió una mirada confidencial á sus capitanes, y sobre todo á fray Bartolomé de Olmedo.

—Crean en la inmortalidad del alma, dijo; el triunfo de nuestra religion sobre la suya es seguro.

Diego de Ordaz, que en vista de los triunfos que alcanzaba Hernan Cortés se manifestaba resuelto á olvidar los vínculos que le unian con Diego de Velazquez, para servir á su enemigo y participar con él de la honra y el provecho, obedeciendo á una idea que cruzó por su mente:

—Dadme licencia, dijo á Hernan Cortés, para ir á reconocer ese volcan.

Cuando supieron los tlaxcaltecas este deseo, su asombro no tuvo límites.

Profundamente aterrado:

—¿Qué es lo que intentais? exclamó Magiscatzin. Los guerreros más valientes de Tlaxcala solo se atreven á llegar hasta unos templos que para aplacar la furia de los dioses se han levantado en medio de la cuesta que conduce à esa montaña.

Desde el paraje en donde los templos se levantan, no hay, no ha habido nunca nadie que se atreva á avanzar, porque dicen

que los temblores de la tierra destruyen al mortal atrevido, y le atemorizan los bramidos con que la montaña se defiende de los que intentan descubrir su secreto.

—Razon de más, exclamó Hernan Cortés, para que uno de los nuestros vaya á informarse de lo que allí suceda y pueda revelárnoslo.

Esta formal resolucion fué el asombro de todos los habitantes de la ciudad.

El volcan arrojaba majestuosamente la abrasadora lava formada en sus entrañas. Diego de Ordaz, con dos soldados de su compañía, se dispuso á partir.

Los senadores, temiendo por su vida, hicieron que muchos de los indios principales les acompañasen hasta los templos, y les encargaron mucho que detuvieran allí á los españoles, evitando de este modo el que pudiesen.

La expedicion se llevó á cabo al dia siguiente de madrugada.

El camino que conducir á la montaña era en extremo ameno. Frondosas arboledas abrian paso á los atrevidos viajeros.

Poco á poco iba empobreciéndose la vegetacion, y no tardaron los españoles en llegar á las regiones de la nieve.

Despues de andar más de cuatro horas, llegaron á los templos, pequeñas ermitas en donde habia ídolos que disfrutaban de gran influencia sobre el volcan.

Los tlaxcaltecas hicieron los mayores esfuerzos para que Diego de Ordaz y sus soldados se detuvieran.

Nada pudieron conseguir.

Los españoles dejaron poseidos de viva curiosidad á los tlaxcaltecas, y continuaron su ascension.

El trayecto fué más difícil.

A lo mejor tenian que bajarse y emplear las manos para no retroceder.

El terreno era movedizo.

A la media hora sintieron que la tierra se estremecía bajo sus plantas, y percibieron los bramidos del huracán.

De pronto arrojó este una gran cantidad de fuego envuelta en humo, y volvió á caer sobre los viajeros.

Estos tuvieron que guarecerse bajo unas rocas para no sufrir aquella nube de piedras y fuego.

Los dos soldados que acompañaban á Diego de Ordaz declararon que no proseguían adelante.

Trató de convencerles, y no pudo lograrlo.

Después de aguardar más de dos horas en aquel sitio que habían elegido para defenderse de la ardiente lava, notaron que la columna de humo iba empequeñeciéndose poco á poco, llegando hasta extinguirse.

Entonces se acercó Diego de Ordaz hasta el borde del volcan. Tenía cerca de un cuarto de legua de circunferencia.

La lava hervía en el fondo, produciendo un rumor espantoso.

Allí descubrió Ordaz gran cantidad de azufre, y este descubrimiento fué muy útil para los españoles cuando algun tiempo después se les acabaron las municiones de guerra.

Diego de Ordaz volvió á reunirse con los soldados, y no tardó en llegar donde estaban, llorándolos por muertos, los tlaxcaltecas.

Todos juntos descendieron á la ciudad, y fueron saludados con entusiastas aclamaciones; desde entonces se aumentó considerablemente el prestigio de los españoles.

—No hay duda, se decían unos á otros los tlaxcaltecas, son dioses, y tienen más poder que los nuestros, puesto que han hecho enmudecer con solo su presencia el mónstruo que tanto nos aterraba.

—¡Qué fortuna la nuestra por haber conseguido su amistad!

—Nuestros dioses se han apiadado al fin de nuestra suerte.

CAPITULO VIII.

Influencias y temores.



ERCA de un mes estuvieron los españoles en Tlaxcala.

En todo este tiempo aumentó su prestigio, y se extendieron sus relaciones.

De todas las tribus y provincias vecinas acudieron emisarios á rendir pleito-homenaje á los extranjeros, reconociendo por su soberano al emperador Carlos V.

Hernan Cortés mandaba tomar acta á los escribanos de estas declaraciones de los indios, porque queria presentar al monarca con todas las formalidades las conquistas que iba haciendo.

Llegó el momento de tomar una determinacion, y reunió Hernan Cortés en consejo á sus capitanes para acordar con ellos el rumbo que deberia tomar.

El valiente caudillo deseaba ir á Cholula.

Esta ciudad, ademas de ser sagrada por los infinitos templos que habia en ella, era la más adicta á Moctezuma, y tanto, que se alojaban sus tropas en ella á establecer su cuartel general cuando iban á llevar á cabo alguna de las muchas conquistas que para entretener sus ócios les encomendaba el emperador de México.

Aceptóse la proposicion de Hernan Cortés, y dió parte á Magiscatzin de su acuerdo.

El anciano senador se estremeció.

—No dirijais vuestros pasos hácia esa ciudad, dijo; guíaos por mi consejo, porque os quiero bien.